

Descubriendo una tradición perdida.

Laura Shapiro

Actualmente la mujer negra mejor conocida de la literatura norteamericana del siglo XX es, probablemente, Topsy. Pero gracias a una extraordinaria hazaña de arqueología literaria, esta situación está por cambiar. La Oxford University Press, en colaboración con el Centro Schomburg de Investigaciones de la Cultura Negra, de la New York Public Library, está publicando simultáneamente 30 volúmenes de ficción y no-ficción de un amplio rango de escritoras negras populares del siglo pasado, pero virtualmente olvidadas en éste. Despreciadas por sus colegas machos e ignoradas por la mayoría de los primeros antologistas de escritos negros, la mayoría de estas autoras simplemente desaparecieron de la historia de la literatura.

Su resurrección comenzó con el profesor de la Universidad de Cornell Henry Louis Gates Jr. quien, en años recientes, se convirtió en conocedor de numerosos trabajos perdidos, durante la investigación sobre la ficción y la poesía negras del siglo XIX. Cerca de la mitad de los autores que descubrió eran mujeres; resultó claro que una tradición literaria de mujeres negras floreció mucho antes de "The Color Purple", y la Universidad de Oxford accedió a emprender la vasta tarea de revivirla. La mayor parte de los textos fue hallada en el Centro Schomburg, una gran colección de investigación formada por libros, manuscritos y otros materiales para el estudio de la cultura negra.



Newsweek

BETTMANN ARCHIVE

Un admirable conjunto de voces, estilos y técnicas literarias surge de estos volúmenes, desde ensayos y poemas que recrean perfectamente la suntuosa religiosidad admirada en ese tiempo, hasta la narrativa personal refiriendo la esclavitud, las actividades de la iglesia y evangelistas, e incluso los viajes de aventuras.

Muchas representan el comienzo: la poeta Phillis Wheatley fue la primera negra norteamericana que publicó un libro, en 1773; la oradora María Stewart se cree que fue la primera que dijo un discurso público, en 1832; y Ann Plato fue la primera negra que publicó una colección de ensayos, en 1841.

Durante años, de todas estas escritoras la única reconocida por los historiadores de la literatura fue Phillis Wheatley, una esclava de Boston a la que se le permitió estudiar latín, poesía inglesa y Biblia; cuando tenía 17 años había escrito

bastante poesía para hacer un pequeño libro. Pero era imposible publicarlo hasta que lo sometiera a un examen de estudiante con 18 bostonianos notables como sinodales incluyendo John Hancock y el gobernador de Massachusetts, Thomas Hutchinson. Después, ellos firmaron una declaración para ser impresa en su obra: "Poemas sobre varios temas, religiosos y morales", asegurando al público que "algunos de los mejores jueces" habían cuestionado a la autora y la habían encontrado capaz de producir los poemas.

Obviamente, la historia de Wheatley es excepcional; por otro lado, su poesía es de un estilo obsecuente, didáctico, que resulta placentero y familiar a los lectores blancos. Lo que fuera que ella pudiera haber sentido sobre la esclavitud, los sentimientos en su poesía son profundamente cristianos y estrictamente elevados. "No hace mucho que dejé mi tierra nativa/ la tierra de errores, y tinieblas egipcias", escribe en una rara referencia a su secuestro por comerciantes de esclavos en Africa. "Padre de misericordia, fue tu bondadosa mano/ que me trajo a salvo de esa oscura morada".

Varias de las educadas escritoras negras que siguieron a Wheatley reflejaron su fe y sus preocupaciones morales tan ardorosamente, que resulta un placer llegar al lado de Anna Julia Cooper, una claridosa feminista con una agudeza mordaz. Nacida en 1858, hija de una esclava y su amo blanco, Cooper inició su educación después de la Guerra Civil y la continuó en Oberlin, donde rehu-

só tomar el Curso para Mujeres y en su lugar eligió el muy pesado Curso para Caballeros. Enseñó en secundaria en Washington, D.C. durante muchos años; ganó un doctorado en la Universidad de París a los 67 años de edad; fue activista en organizaciones de mujeres; se convirtió en viuda después de dos años de matrimonio pero adoptó cinco niños, y en 1892 publicó "Una voz desde el Sur", uno de los primeros textos del feminismo negro.

"Mientras que nuestros hombres parecen de cara a los tiempos en casi todas las otras materias, cuando descubren la cuestión de la mujer, recaen en la lógica del siglo dieciséis", escribe en un análisis sobre las oportunidades de educación para las mujeres negras. "Las tres R's, un poco de música y un mucho de baile. . . son generalmente bastante suficientes para hacer encantadora a cualquier mujer poseedora del tacto y la capacidad para el culto de la masculinidad". Y, ¿se convertiría una mujer educada en incasable? "Sus niveles han indudablemente aumentado", concede Cooper. "La cuestión no es ahora de la mujer

¿Cómo debo impedir mi desarrollo, simplificarme o nulificarme para hacerme elegible para el honor de ser tragada por algún hombrecillo?" sino que el problema, estimo, es ahora para el hombre, de cómo él puede. . . alcanzar. . . una mujer que demanda lo más noble, la grandeza y mayor realización de la que él es capaz". Sorprende poco el que la Cooper fuera relegada por sus contemporáneos machos; cuando le preguntaron a Frederick Douglass por los nombres de autoras negras importantes, replicó que no conocía a ninguna. "Una voz desde el Sur" había sido publicado ese mismo año.

La visión de Douglass sobre la literatura ha prevalecido como verdadera durante cerca de un siglo; realmente, es probable que sólo una empresa tan fatigosa como la serie de Oxford tenga la oportunidad de cambiarla. "Escribe, de la plenitud de tu corazón, un libro para inspirar al hombre y la mujer, con un profundo sentido de justicia y humanidad", le ruega un amigo a Iola en "Iola Leroy, or Shadows Uplifted", una popular novela de Frances Har-

per sobre el esclavismo y sus secuelas. "Lo haría si pudiera", responde Iola con modestia. Pero, en la vida real, las mujeres negras tomaron su pluma sin dudar, y los resultados todavía nos inspiran.

Tomado de Newsweek, número 14, abril 4, 1988.



Newsweek

